

Un crimen en un ascensor una realidad y ficción

Periodismo, corrupción y la extrema derecha y sus negocios escondidos, temas de la nueva novela de Pascual García Arano, 'Un cadáver en mi ascensor'

LAURA PUY MUGUIRO
Pamplona

Su existencia era anodina hasta que aquella noche la puerta del ascensor que le iba a llevar del garaje a su casa se abrió y mostró en el suelo el cadáver de un hombre con los ojos abiertos y un cigarro humeante entre los dedos. Lo escribe en su diario y son también las primeras páginas de *Un cadáver en mi ascensor*, la segunda novela que el periodista Pascual García Arano (Pamplona, 1963) publica con la editorial Eunate, en la que hace protagonista al autor del descubrimiento, un técnico de Hacienda que afronta una investigación en la que asesinatos, robos y corrupción irán sucediéndose. Una novela con humor "negro", que es "cruda" y que tiene, sin embargo, un punto de esperanza que el autor "casi" no, como confesó el jueves en su presentación en la librería Elkar, acompañado por su amigo y periodista de RNE Juan Yeregui.

Entre ambos desentrañaron lo justo para situar al público que les escuchaba. Contaron así que, "agujoneado por la magia de la curiosidad, la que debe picar a los periodistas", el protagonista comienza a investigar a la víctima. Aquí la trama descubre a Serafín Satué, que se une a la investigación. Es "uno de esos hombres que no quedan", apuntó García Arano sobre "periodistas de la vieja escuela que o se han jubilado o han muerto". "Creo que casi todos hemos conocido a un Serafín así", se refirió a "gente divertida" que al mismo tiempo es capaz de enfrentarse al jefe, "cosas impensables hoy".

"Cuando tienes un contrato fijo, decir al jefe 'esto no es así, lo diga quien lo diga, porque yo he estado ahí', es complicado, y lo dices cuando no puedes más. Pero imagina a un becario, a un falso autónomo, a un tío con un contrato precario...", y contó su experiencia en sus dos últimas visitas a redacciones de periódicos. "Me he quedado sobrecogido porque no se oye una mosca, es el silencio total, y no lo entiendo porque en una redacción debe haber un debate, un pulso; pero si voy a un sitio y mi jefe que no ha estado me dice 'el título es este', para qué voy a ningún lado. No digo que todo, pero la precariedad de la profesión explica muchas cosas. Y no tengo muy buenas vibraciones...", apuntó.



García Arano, en el ascensor de Elkar, donde presentó la novela. J.A.GONZI

Un tercer hombre se une a este equipo de investigadores. Es Abel. Laringetomizado, "colecciona todo lo coleccionable, vive solo, disfruta apostando y habla de usted y de tú indistintamente. Es invitado asociado de la Asociación Nacional del Rifle no porque sea facha, que también, sino porque, como colecciona todo, quiere que le manden el boletín".

Así, este inusual Equipo A, "tres tipos solitarios", como todos los personajes de las novelas de García Arano: "De vuelta de todo —en el límite entre los perdedores y quienes todavía creen en algo, en palabras de Eunate—, desengañados, gente muy normal, con tampoco mucha suerte. Y en una novela de estas te da ciertos márgenes que un personaje casado, con hijos y que va a catequesis no", resolvió divertido.

Porque "una novela de estas" como es *Un cadáver en mi ascen-*

sor cuenta con una organización criminal vinculada a la extrema derecha. "Vivo en el mundo en el que vivimos todos, y hay cosas muy preocupantes, como que casi cinco millones de personas voten a Vox. Me parece terrible", compartió el autor, que añadió que esto se narra de forma "tangencial" en la novela. "El libro habla de la lacra de este país, de las cunetas tantos años después. Y ahí estamos. ¿Cómo es posible? No tiene sentido ninguno. Hay que intentar tener cosas medianamente clara para que no te digan lo que no es", reflexionó sobre memoria.

Y de vuelta con los tres protagonistas, representantes de la sociedad civil que "se ven con cierto sarcasmo" y cuya interacción ha dado "mucho juego" a García Arano, destacó cómo han conseguido ponerse de acuerdo y "echar para adelante con lo que llevan entre manos, la investigación de una serie de asesinatos", a pesar de ser completamente diferentes. Y cerró: "No sé si encontraríamos a tres tipos con estas pelotas para hacer lo que hacen estos por la sencilla razón de que quieren saber qué ha pasado. Me cuesta pensarlo".



'UN CADÁVER EN MI ASCENSOR'

Autor: Pascual García Arano.
Editorial: Eunate.
Nº páginas: 226.
Precio: 17 euros.



Parte del elenco de la película dirigida por la canadiense Sarah Polley.

El fin del silencio

CINE Asier Gil

'ELLAS HABLAN'

Dirección: Sarah Polley
Guión: Sarah Polley y Miriam Toews
Intérpretes: Rooney Mara, Claire Foy, Ben Whishaw, Jessie Buckley, Judith Ivey, Sheila McCarthy, Michelle McLeod, Kate Hallett, Abigail Winter, Will Bowes, Eli Ham, Frances McDormand
Música: Hildur Guðnadóttir
Fotografía: Luc Montpellier
Duración: 104 minutos
Estados Unidos, 2022

EL maniqueísmo y los subrayados cargantes suelen suponer lastres muy nocivos para aquellas obras que basan sus ambiciones en supuestos axiomas que no admiten discusión. La actriz y directora Sarah Polley, quizá convencida de que merecer un discurso amparado por la furibunda corriente ideológica actual la salvaba de ese escollo, se encalla en tratar de resaltar la condición de víctima de la mujer, siempre oprimida y violentada por la cólera del hombre. Su mensaje no yerra por eludir la realidad, puesto que su proposición supura una verdad que debe avergonzar a la humanidad, sino por elegir para trasladarla el camino del dictamen prefijado, de las posiciones extremas, de las reiteraciones superfluas, de la escasez de pensamiento crítico. Todo gira en torno a máximas ancladas en clichés, para regocijo de la parte de la sociedad que solo aspira a que le encaucen la mirada y le indiquen, más que las tesis que ha de defender, los argumentos simplones que ha de vomitar de carrerilla, no vaya a atragantarse con un juicio racional que se oponga a las directrices de élites entronizadas en las conciencias de los necios.

Para explayarse en esta tesitura, la cineasta canadiense se sustenta en la novela homónima de Miriam Toews y recrea una colonia religiosa que vive en coordenadas de siglos pasados, pese a que la acción se sitúa en el 2010. Un grupo de mujeres, hastiadas de sufrir las violaciones de sus familiares y compañeros, y de que estos salgan impunes, se reúnen en secreto para decidir el futuro de las féminas de la comunidad. El debate plantea tres salidas: permanecer igual, huir o quedarse y combatir. Los 104 minutos del metraje consistirán en

sus diálogos en busca de qué determinación adoptar.

En el seno de este filme se agolpaban varios aspectos que merecen dedicación y que disponen de un gran campo expedito para la reflexión y de aristas muy relevantes por las que estructurar el rumbo del proyecto. La lucha de las protagonistas por su derecho a escoger su destino constituye la más importante, aunque la escoltan otras, como la asfixia de dogmas arcaicos, la dimensión del perdón, la gestión de la inevitable convivencia, la superación de roles rancios, la pervivencia del amor en tiempos de hostilidad... Cualquiera hubiera dotado al conjunto de un poso más vigoroso, de haber recurrido a su inclusión con ánimo ponderado, y no por medio de figuras de cartón piedra con carencia de naturaleza compleja.

Fallos se perciben en diversos ámbitos, pero hay tres que destacan: colocar personajes unidimensionales, sin evolución alguna y marcados por caracteres exagerados; retratarlos con cualidades que no concuerdan con sus particularidades (ninguna sabe leer ni escribir y, sin embargo, dominan expresiones y conceptos ajenos a su identidad); y dar vueltas y vueltas sobre las mismas premisas, sin llegar a conclusiones estimulantes. La esencia teatral con conversaciones henchidas de enfatizaciones postizas vertebrada un guion mediocre, incapaz de obtener provecho de temáticas que podrían haber generado cavilaciones más sugestivas.

En cambio, la realizadora saca rédito de la puesta en escena, empapando la historia de tonos fríos y grisáceos, con los que logra acrecentar las sensaciones de agobio y temor que reinan en esta trama que remarca la sororidad como la única vía factible de eliminar las desigualdades de nuestros días. De hecho, el solitario joven que intenta ayudarlas, un bondadoso maestro sin ápice de malicia, recibe reacciones de desprecio y desdén. Y con semejante armazón de ideas tan drásticas, vacuas e insistentes, la película se siente endeble, sin acicate con el que sorprender y conquistar a un espectador impasible.